

JUAN F. MARTIN SECO

Economista



Más de lo mismo

AUN cuando aparentemente el tema económico ocupó el primer lugar en el discurso del candidato a la presidencia del Gobierno, no se puede afirmar que sus palabras hayan estado llenas de concreción. En general, se han manejado los mismos tópicos de siempre. Objetivos amplios: competitividad y creación de empleo, pero sin señalar de manera específica cómo se pretenden conseguir y cuál va a ser el camino para salir de la crisis. En todo caso, la mayoría de las ambigüedades esbozadas apuntan en la misma dirección, ningún cambio sustancial en lo que ha venido siendo la política económica del anterior Gobierno.

Las declaraciones del Sr. Roca en los pasillos del Congreso, queriendo ver un cambio de la política económica, es puro voluntarismo. Y, por otra parte, es muy probable que si éste, en realidad, se produjese, sería el mismo Roca el que no se sentiría muy satisfecho. Es curiosa la insistencia de CIU en los últimos meses en condenar la política económica aplicada, cuando prescindiendo de matices siempre la habían respaldado y defendido, y cuando sus propuestas se orientan en la misma dirección.

Ni siquiera, creo yo, que se pueda hablar de un cambio de talante. Es verdad que a lo largo de la exposición se ha hecho referencia a los agentes sociales y a la necesidad de llegar a un pacto por el empleo, pero esta actitud debe encuadrarse en la pretensión de eludir responsabilidades y mantener abierta la posibilidad de transferir las culpas fuera del Gobierno si la recesión continúa. Como ha afirmado atinadamente Antonio Gutiérrez, todos tenemos que colaborar en la salida de la crisis, pero no todos somos igual de responsables en su generación, y, por lo tanto, en los efectos negativos que ha tenido para la sociedad española. Hasta la misma referencia a la Ley de Huelga ha estado llena de una ambigüedad calculada. Felipe González se ha comprometido a presentar al Congreso el mismo proyecto de ley que salió del Senado en la legislatura pasada, pero se ha cuidado mucho de afirmar si el grupo parlamentario va a defenderla en su totalidad o si se va a plegar a modificaciones y compromisos.

LA REALIDAD.— Los únicos cambios apreciables son los que vienen forzados por la realidad. Ha sido la realidad, la realidad del mercado, la que impulsó la devaluación de la peseta y, por lo tanto, ha despejado en parte uno de los problemas más graves que tenía planteados la economía española. Felipe González ha hablado en su discurso

de competitividad, pero nada ha dañado más la competitividad que mantener nuestra divisa sobrevalorada durante años. La realidad está imponiendo también la bajada de los tipos de interés, y la realidad está forzando a aceptar unos niveles elevados de déficit público, consecuencia de la recesión económica, y se va asumiendo la idea de que los intentos torpes para rebajarlo a cualquier precio y con recortes indiscriminados sólo tienen el efecto de generar más recesión y, por lo tanto, más déficit.

Pero al margen de esto, se permanece en la misma orientación de política económica y con el mismo o parecido sesgo neoliberal. Es más, hábilmente se comienza a utilizar una especie de argumentación muy peligrosa y próxima al chantaje: mantengamos la «economía del bienestar», prometemos no recortar las prestaciones sociales; pero todo ello —se afirma—

mucho más raquítica. La prestación individual, por tanto, se ha visto deteriorada, y con esta finalidad se han instrumentado muchas de las medidas acordadas en las legislaturas pasadas. Desde la ley de pensiones al «decretazo», desde las diversas y sucesivas reformas introducidas en materia sanitaria hasta la negativa a implantar el salario social a nivel estatal. Nuestro «estado de bienestar» es más bien un «estado de beneficencia» y se ha realizado una política redistributiva muy «sui generis» que ha consistido en transferir rentas de los pobres a los paupérrimos. Ahora, como un gran triunfo, se promete, no su ampliación, ni que se vayan a incrementar las prestaciones, sino simplemente mantenerlas en el estado actual (eso ya lo prometía hasta el Partido Popular), pero además se condicionan al cumplimiento de determinadas contrapartidas.

INVOLUCION.— Y es aquí, en las contrapartidas, donde la trampa aparece tanto más evidente. Lo que se exige es la transformación del mercado de trabajo, es que se pacte y se acepte una involución en las relaciones laborales, retornando a situaciones del siglo pasado y acercándose más y más a un modelo clásico de liberalismo económico. El resultado no puede ser otro que la depresión progresiva de los salarios y que la renta de los trabajadores reduzca su participación en beneficio de los excedentes empresariales, como así ha ocurrido a lo largo de todos los años ochenta. En los momentos actuales, cuando tanto se manipulan los datos, se fuerzan los argumentos y se utilizan tópicos como verdades probadas, sería bueno leer la colaboración de Roca Jusmet en el libro *La larga noche neoliberal*, donde se demuestra palpalmente lo difícil que resulta culpabilizar a los salarios de la crisis, cuando nunca han crecido en términos reales por encima de la productividad, y cuando la participación de las rentas del trabajo en el PIB corregida por las variaciones de la población asalariada, pasa del 75,5% en 1982 al 67,7% en 1991. En el proceso productivo se distribuye la renta. Si las condiciones laborales imponen una distribución cada vez más injusta, será muy difícil que ninguna política redistributiva pública pueda corregirla.

Lo más evidente del debate de investidura es la confirmación de algo de sobra conocido, que Felipe González sólo acude a las izquierdas para reclamar su voto en las campañas electorales, pero que una vez superada esa fase se dispone a gobernar de acuerdo con su verdadera ideología: la de derechas, la liberal burguesa, que es donde se siente a gusto.

CONTRA LA CONFUSION

La moderación del periodismo

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

A Pablo Sebastián.

PODEMOS vislumbrar la realidad por los desgarrones que hacen algunos periodistas de talento y valor en el tapiz de propaganda que cubre los acontecimientos. Pero, al mantener intacto el telar que lo fabrica, se condenan a la pena de Sísifo. Suben la roca de lo real hacia la cumbre clara para que se despeñe sin remedio, antes de alcanzarla, en el valle de la oscuridad. Su material de trabajo, la noticia, no es un hecho verdadero que atraviesa la mente del informador sin romperse ni mancharse. El acontecimiento real no se puede captar a distancia. Tiene que reconstruirse, a sabiendas de que las piezas perdidas han de ser suplidas con la intuición. Y no todos los periodistas la tienen. Incluso con honestidad, para que algo sea noticiable ha de estar roto de su contexto. Para que sea noticia, ha de estar manchado del color del medio que lo difunde. Es poco de fiar, aunque deba seguirse, el tópico profesional de separar la noticia de la opinión. La noticia es, como la ley, una opinión concentrada y coactiva. Es el secreto del poder cultural de la televisión. Pero su obsesión de cautivar cantidades le impide tener criterio para conquistar calidades. Y lo toma de quien lo tiene. Es el secreto del poder ideológico de la prensa escrita. Sus opiniones alcanzan, a través de las ondas, el valor legal de la noticia.

La concentración de los medios de comunicación, en unas pocas manos de editores-banqueros y de banqueros-editores, ha sido fruto de las afinidades electivas entre esas dos plataformas de poder social, que se complementan para coproducir la opinión pública. La prensa crea la ideología política. La radio y la televisión la difunden como cultura popular. Ante la prensa, reacciona la inteligencia. Ante la pantalla y la radio, como ante el poder político, solamente el sentimiento. Este es el secreto de la apasionada intimidad entre gobierno y televisión. Pero la hegemonía del sentimiento de poder sobre la razón informativa, como todo lo ingenuo, carece de bases sólidas donde sustentarse. Si no fuera por la razón económica en que se apoya, bastaría la honestidad profesional para sanear esas esferas contaminadas por el poder del éxito y el éxito del poder. Y es en este inevitable roce del sentimiento político con el cálculo económico donde nace la confusión periodística como producto de una necesidad social. La de difuminar, ante la opinión, el comercio del poder financiero con los creadores intelectuales y propagadores sentimentales de las ideas sobre el poder político. Los editores han ocupado así el lugar antes reservado a la Universidad. La radio y televisión, el de la Iglesia. Los banqueros, el del Estado. Los que procuran el poder tienen que mentir mucho para engañar muy poco. Las ideas confusas no mientan a nadie, pero engañan a casi todos. Por eso gustan tanto a los poderosos. En especial, a sus patrocinadores. Los políticos y la televisión las concentran y propagan en una sola dirección. Eso les da el aire de coherencia que tiene el parloteo del vendedor a domicilio. Organiza la confusión de la imagen, pero no la del producto ajeno que vende.

El producto cultural que arrastra las voluntades hacia el credo de la utilidad social del sometimiento, no está en las mentiras de las personas con poder político o económico. Son las ideas de los intelectuales, que los medios de comunicación social organizan como ideología de la moderación, las que conservan los extremismos oficiales del poder. La producción editorial inspira y organiza la moderación intelectual para sostener las formas más extremas de gobierno. Sin pasiones ni conductas exageradas que moderar, la ideología de la moderación se funda en el horror de lo bien establecido ante la potencia crítica del pensamiento. Pide moderación al pensamiento libre. Es, decir, no pensar. Aquí no hay diferencia entre el argumento editorial que ayer sostuvo la dictadura y el que hoy sostiene la oligarquía de partidos. El extremismo de las conductas minoritarias, incluido el del terror, no es un problema. La ideología de la moderación lo necesita como contraste. Tampoco lo es la libertad de expresión, si el consenso coarta la libertad de pensamiento. Lo que no podían soportar los editorialistas de la dictadura, y no toleran los, del mismo modo moderados, editores de la oligarquía actual, es la idea moderada de la política pensada sin moderación. Aunque se exprese con ella. Es decir, toda idea moderadamente democrática. O sea, la democracia.

m

uestro «estado de bienestar»
es más bien un
«estado de beneficencia».
Su política redistributiva
ha consistido en transferir
rentas de los pobres a
los paupérrimos

sólo será posible si se aceptan determinadas reformas en el mercado de trabajo y se pacta la limitación salarial.

El planteamiento es tanto más preocupante cuanto que en nuestro país la economía del bienestar está por estrenar, y malamente pueden recibir este nombre las exiguas prestaciones sociales y los deficientes servicios públicos que hoy tenemos los españoles. Estamos bajo mínimos, porque si bien se ha incrementado el número de beneficiarios (en muchos casos por simples motivos demográficos o como consecuencia de la propia crisis), no es menos verdad que las cantidades dedicadas a estos objetivos han evolucionado de una manera